

en empujarle; ante todo, quería darle las ideas políticas de la familia, comprendiendo que un médico podía esperar mucho haciéndose caluroso defensor del régimen que debía sustituir á la República pública.

—Ya que al fin has entrado en razón, precisas es que pienses en el porvenir—le dijo.—Te acusan de republicano, porque cometes la necedad de asistir gratis á los desharrapados de la ciudad. Sé franco: ¿cuáles son tus verdaderas opiniones?

Pascual miró á su madre con cándido asombro después, sonriendo, le contestó:

—¿Mis opiniones?... No lo sé. ¿Dices que me acusan de republicano? No me ofenden. Si consistiese serlo en desear el bien de todo el mundo, republicano soy.

—¡Bah! ¡Nunca llegarás á ser nada!—interrumpió bruscamente Felicidad.—Te postergarán siempre. Mira á tus hermanos; procuran hacer su camino para buscar fortuna.

Pascual comprendió que no tenía por qué defenderse por sus egoísmos de sabio; su madre le acusaba sencillamente de no especular con las ideas políticas. Con cierta tristeza se echó á reír y cambió de conversación. Felicidad no pudo nunca hacerle calcular las probabilidades de éxito de ningún partido y afiliarse á aquel que debía triunfar. Continuó frecuentando el salón amarillo. Granoux le interesaba como un animal antediluviano.

Entretanto los acontecimientos seguían su curso. El año 1851 fué para los políticos de Plassans un año de ansiedad de la que Rougon sacó provecho. De París se recibían noticias contradictorias: tan pronto parecía que la República se consolidaba como que los conservadores la derribaban; el eco de las discusiones que estremecían la Asamblea legislativa llegaba al rincón aquel, ya engrosado

ya débil, de suerte que los más expertos no sabían qué pensar. La opinión general era que se acercaba el desenlace; pero la ignorancia de ese desenlace era la que tenía en constante inquietud aquel pueblo de burgueses cobardes. Todos deseaban que aquello concluyese; estaban enfermos de incertidumbre y se hubieran echado en brazos del Gran Turco, si el Gran Turco se hubiese dignado salvar la Francia de la anarquía.

La sonrisa del marqués se hacía más aguda. Por las noches, cuando el miedo hacía inteligibles los gruñidos de Granoux, acercábase á Felicidad, y le decía al oído:—Vamos, pequeña; el fruto está maduro; ahora es preciso que os hagáis los necesarios.

Con frecuencia Felicidad, que continuaba leyendo las cartas de Eugenio, y que sabía que de un día á otro podía verificarse una crisis decisiva, había comprendido la conveniencia de hacerse los necesarios, y se había preguntado de qué modo debían conducirse los Rougon. Concluyó por consultar al marqués.

—Todo depende de los acontecimientos—contestó el viejecillo.—Si no llega hasta aquí la marea, si alguna insurrección no espanta á Plassans, es difícil que os hagáis visibles sirviendo á la causa del gobierno nuevo; entonces lo mejor será quedaros quietos, y esperar á que Eugenio os ayude por su cuenta. Pero si el pueblo se levanta, y nuestros bravos burgueses se creen amenazados, nada más fácil que representar un buen papel. Tu marido, aunque un poco torpe...

—¡Oh! No importa; yo me encargo de guiarle... ¿Os parece que el pueblo se sublevará?

—Á mi juicio, es cosa segura. Plassans acaso no se mueva, porque en él reina la reacción; pero las vecinas ciudades, las aldeas, y la gente del campo, sobre todo, están minadas hace mucho

por las sociedades secretas y pertenecen al partido avanzado. Si estalla el golpe de Estado, se oirá el toque de rebato en toda la comarca, desde los bosques del Seille hasta la meseta de Sainte-Roure.

Felicidad recapacitó.—¿De modo—repuso—que os parece necesaria una insurrección para asegurar nuestra fortuna?

—Esa es mi opinión—respondió M. de Carnavant, y añadió con sonrisa ligeramente irónica:—No se funda una nueva dinastía en un erial; la sangre es un buen abono. Hermoso será que los Rougon, como ciertas ilustres familias, daten de una matanza.

Aquellas palabras y aquella sonrisa hicieron estremecerse á Felicidad; pero era mujer de cabeza, y la vista de las hermosas cortinas de M. Peirotte, que todas las mañanas contemplaba con admiración y envidia, le infundió valor. Cuando se sentía desfallecer, asomábase al balcón, y contemplaba la casa del jefe económico; eran sus Tullerías. Estaba resuelta á los mayores extremos para entrar en la ciudad nueva, en aquella tierra de promisión sobre cuyos linderos se abrasaba de ambición tantos años hacía.

El coloquio sostenido con el marqués acabó de aclarar el caso: pocos días después leyó otra carta de Eugenio en la que el agitador bonapartista manifestaba que una insurrección era indispensable para dar importancia á su padre. Eugenio conocía muy bien su departamento; todos sus consejos habían tendido siempre á poner en manos de los reaccionarios la mayor influencia posible para que los Rougon, en el momento crítico, fueran quienes contuviesen las sacudidas de la ciudad; y en Noviembre de 1851 era dueño de Plassans el salón amarillo. Roudier representaba la burguesía rica, y su conducta serviría

seguramente de norma á la ciudad nueva; Granoux era todavía más precioso: tenía tras sí el Consejo municipal, del que era uno de los miembros más influyentes, lo que daba idea de los otros miembros; y en fin, por el comandante Sircardot, á quien el marqués había hecho nombrar jefe de la guardia nacional, el salón amarillo disponía de la fuerza armada. Los Rougon, aquellos parias de mala fama, habían conseguido agrupar en torno suyo los instrumentos de su fortuna; por torpeza ó por cobardía, cada uno debía trabajar ciegamente en su elevación; sólo tenían que temer las influencias que podían obrar en el mismo sentido suyo y arrebatarse en parte á sus esfuerzos el mérito de la victoria: este era su gran temor, porque querían hacer solos el papel de salvadores. Por de pronto sabían que la nobleza y el clero les ayudarían, en vez de contrarrestar sus esfuerzos; pero si el subprefecto y el alcalde y los otros funcionarios llegaban á ponerse al frente de la ciudad y sofocaban la insurrección, no tan sólo quedarían sus trabajos eclipsados, sino que ni siquiera les dejarían tiempo para hacerse visibles; soñaban, pues, con la abstención completa, con el pánico general de los funcionarios. Si toda administración regular desaparecía, si eran un solo día dueños de los destinos de Plassans, su fortuna estaba sólidamente fundada. Felizmente para ellos no había entre los funcionarios un hombre bastante fiel á sus deberes, ni tan enérgico que fuera capaz de arriesgarse en aquel juego. El subprefecto era un espíritu liberal, relegado á Plassans por el gobierno, gracias, sin duda, al buen nombre de la ciudad; tímido de carácter é incapaz de un abuso de autoridad, por fuerza había de verse embarazado ante una insurrección. Los Rougon, que sabían cuán favorable era á la causa democrática; y que, por lo tanto,

no temían su celo, se preguntaban sencillamente por curiosidad qué actitud tomaría. El ayuntamiento tampoco les inspiraba cuidado; el alcalde, M. de Garçonnet, era un legitimista, nombrado merced á la influencia del barrio de Saint-Marc en 1849; detestaba á los republicanos y los trataba con desdén, pero estaba ligado por amistad con una gran parte del elemento clerical, y mal podía prestar apoyo á un golpe de Estado en sentido bonapartista: los demás funcionarios hallábanse en igual caso. Los jueces de paz, el administrador de Correos, el recaudador de contribuciones, hasta M. Peirotte, teniendo su parte en la reacción clerical, no podían aceptar el imperio con grandes manifestaciones de entusiasmo. Los Rougon, aunque ignoraban lo que harían para desembarazarse de todos aquellos estorbos, ni de qué manera se colocarían para fijar bien la atención, se entregaban á grandes esperanzas no encontrando nadie que les disputase su papel de salvadores.

El desenlace se aproximaba. A fines de Noviembre, como circulase el rumor de que se preparaba el golpe de Estado, y que el príncipe presidente iba á proclamarse emperador, Granoux había exclamado:—Le nombraremos lo que quiera, con tal que fusile á esos pillos de republicanos.

Esta frase de Granoux, á quien todos creían dormido, causó honda emoción. El marqués fingió no haberla oído, pero los burgueses asintieron con una inclinación de cabeza á las palabras del antiguo comerciante de almendras. Roudier, que no temió aplaudir en voz alta porque era rico, declaró, mirando de soslayo al marqués, que la situación era insostenible, y que la Francia debía ser refrenada en seguida, por mano de cualquiera. El marqués siguió guardando silencio; todos interpretaron su mutismo por asentimiento. El

grupo conservador, abandonando en aquel momento la causa de la legitimidad, se atrevió á hacer votos por el imperio.

—Amigos míos—dijo el comandante Sicardot, levantándose:—sólo un Napoleón puede hoy poner á salvo las personas y las propiedades amenazadas... No temáis: he tomado las precauciones necesarias para que el orden reine en Plasans.

El comandante había, en efecto, de acuerdo con Rougon, ocultado en una especie de cochera, cerca de las murallas, gran número de fusiles y muchos centenares de cartuchos. Después de asegurarse el concurso de los guardias nacionales, con los cuales creía poder contar, sus palabras produjeron grata impresión. Al separarse aquella noche los tranquilos burgueses del salón amarillo, hablaban de matar á «los rojos» si se atrevían á respirar.

El 1.º de Diciembre, Pedro recibió una carta de Eugenio, la cual, según su prudente costumbre, fué á leer á la alcoba. Felicidad notó que al salir estaba muy agitado, y todo el día anduvo dando vueltas alrededor del secreter. Cuando llegó la noche no pudo contenerse más, y apenas se durmió su marido, se levantó con gran silencio, cogió la llave del bolsillo del chaleco, y se apoderó de la carta. En diez líneas Eugenio prevenía á su padre que la crisis iba á resolverse y le aconsejaba poner á su madre al corriente de la situación; había llegado la hora de enterarla, porque pudieran necesitar de su auxilio.

Al otro día Felicidad esperó una confidencia que no llegó. No se atrevió á declarar su curiosidad, y siguió fingiendo ignorarlo todo, furiosa contra la estúpida desconfianza de su marido, que sin duda la juzgaba tonta y charlatana como las

demás mujeres. Pedro, con ese orgullo marital que hace creer á los hombres en una omnímoda superioridad dentro del hogar, había acabado por atribuir á su mujer todos los fracasos pasados; desde que, según imaginaba, dirigía sólo los negocios, salían todos á pedir de boca; por eso resolvió pasarse sin los consejos de su compañera y no darle cuenta de nada á pesar de las recomendaciones de Eugenio. Felicidad se picó hasta el punto que, á no desear tanto el triunfo, hubiera puesto todo lo posible de su parte para entorpecer el éxito; pero su ambición le prestó calma, y dióse á trabajar con entusiasmo, aunque no sin premeditar su venganza.—¡Ah!—pensaba.—¡Si pasase un buen miedo!... ¡Si cometiera una torpeza grande! Vendría humildemente á pedirme consejo, y á mi vez le pondría la ley!... Lo que la inquietaba era la actitud de señor todopoderoso que Pedro tomaría si llegaba á triunfar sin su ayuda. Cuando se casó con el hijo de un patán prefiriéndole á un pasante de notario, pensaba servirse de él como de un autómeta sólidamente construído cuyos resortes pudiera manejar á su antojo, y ¡he aquí que en el momento decisivo el autómeta, con su torpeza y su ceguera, quería marchar solo! El espíritu astuto y la actividad febril de la viejecilla protestaban. Sabía que Pedro era muy capaz de cualquier decisión brutal, semejante á aquella que tomó cuando hizo firmar á su madre el recibo de los cincuenta mil francos. Como instrumento era bueno, poco escrupuloso, pero ella reconocía la necesidad de manejarle, y más que nunca en aquellas circunstancias que reclamaban mucha destreza.

Hasta el jueves 3 de Diciembre, después de mediodía, no llegó á Plassans la noticia oficial del golpe de Estado. A las siete de la tarde todos los partidarios estaban reunidos en el salón ama-

nillo. Aunque esperaban ansiosos la crisis, cierta vaga inquietud se reflejaba en sus semblantes. Se charló mucho, comentando los acontecimientos, y Pedro, un poco pálido como los demás, creyó deber excusar, por un lujo de prudencia, el acto decisivo del príncipe Luis, á los ojos de los legitimistas y orleanistas que estaban presentes.—Se habla—dijo—de la apelación al pueblo; la nación quedará en libertad de escoger la forma de gobierno que más le cuadre. El presidente es hombre capaz de retirarse ante nuestros legítimos dueños.

El marqués, que conservaba toda su sangre fría, acogió aquellas palabras con una sonrisa. Los demás, preocupados sólo del presente, no pensaban en lo que pudiera suceder después. Todos fluctuaban: Roudier, olvidando sus ternuras de antiguo tendero para con los Orleans, interrumpió á Pedro bruscamente. Todos gritaron: «¡No razonemos! ¡Pensemos en mantener el orden!» Aquella buena gente tenía un miedo feroz á los republicanos. Sin embargo, la ciudad sólo había experimentado una ligera emoción al anuncio de los acontecimientos de París. Se formaron grupos delante de los bandos pegados á la puerta de la subprefectura, y corrieron voces de que algunos centenares de obreros habían abandonado el trabajo y trataban de organizar la resistencia; esto era todo; ninguna conmoción grave parecía que debiese ocurrir. La actitud que tomarían las ciudades y campos vecinos inspiraba mucha más inquietud, pues aún se ignoraba cómo habían recibido el golpe de Estado.

A poco más de las nueve llegó Granoux jadeante: acababa de terminar la sesión del Consejo municipal, convocada con urgencia. Con la voz ahogada por la emoción, dijo que el alcalde, M. Garçonnet, no sin hacer todo género de reservas,

se mostraba dispuesto á sostener el orden empleando las medidas más enérgicas; pero la noticia que más impresionó al salón amarillo fué la de la dimisión del subprefecto. Este funcionario habíase negado rotundamente á comunicar al pueblo de Plassans los telegramas del ministro del Interior; acababa de salir de la población, según dijo Granoux, y el alcalde tomó á su cargo el publicarlos por carteles. Acaso fué el único subprefecto de Francia que tuvo el valor de sus opiniones democráticas.

La firme actitud del alcalde inquietó no poco á los Rougon, pero en cambio se deshicieron en improperios contra el fugitivo subprefecto, que les dejaba libre el campo. Aquella velada fué memorable, porque en ella el salón amarillo se declaró propicio al golpe de Estado, aceptando sin reserva los hechos consumados. Vuillet quedó en publicar al día siguiente un artículo en su periódico la *Gaceta* en aquel sentido. Ni él ni el marqués opusieron objeción alguna; habían sin duda recibido instrucciones de los misteriosos personajes á quienes de cuando en cuando solían aludir. La nobleza y el clero resignábanse, por lo visto, á prestar su apoyo á los vencedores para rematar al enemigo común, la República.

Aquella noche, mientras los asiduos al salón amarillo discutían y deliberaban, Aristides sintió fríos sudores de ansiedad; nunca un jugador que pone á una carta su último luis experimentó semejante angustia. Durante el día dióle mucho que pensar la dimisión de su jefe; le había oído repetir varias veces que el golpe de Estado fracasaría. Aquel funcionario creía en el triunfo definitivo de la democracia, sin tener por su parte bastante para defenderla resistiendo. Aristides escuchaba á través de las puertas del despacho del subprefecto: comprendía que andaba á tientas

y buscaba luz en las noticias que robaba á la administración. La deserción del subprefecto le chocó, mas permaneció perplejo, y pensando: «¿Por qué se va si está seguro del fracaso del príncipe presidente?» De todos modos, forzado á tomar un partido, decidió continuar su oposición, y escribió un artículo violento contra el golpe de Estado, que llevó aquella misma noche á *El Independiente* para el número del siguiente día. Había corregido las pruebas y retirábase á su casa algo tranquilo, cuando al pasar por la calle de la Banne, levantó maquinalmente la cabeza y miró á las ventanas de los Rougon, que estaban vivamente iluminadas, «¿Qué pueden tramar allá arriba?» se preguntó el periodista con curiosidad inquieta; y entréronle entonces furiosos deseos de conocer la opinión del salón amarillo sobre los últimos acontecimientos. No concedía importancia al grupo reaccionario, pero sus dudas se renovaban, y estaba en uno de esos momentos en que se pediría consejo á un niño de cuatro años. Después de la campaña que había hecho contra Granoux y los otros, no podía atreverse á entrar en casa de su padre; subió, sin embargo, mientras pensaba en la singular cara que pondría si le sorprendieran en la escalera. Cuando llegó á la puerta de entrada, y sólo consiguió oír confuso murmullo de voces.—Soy un chiquillo—murmuró.—El miedo me vuelve estúpido.—Iba á retirarse, cuando oyó á su madre que acompañaba á alguno á la antesala, y sólo tuvo tiempo de esconderse en un hueco oscuro que formaba la escalera que conducía á las buhardillas. Abrióse la puerta, y apareció el marqués seguido de Felicidad. M. de Carnavant solía retirarse antes que los otros contertulios, acaso por evitarse el fastidio de darles la mano en la calle.

—Lo dicho, pequeña—murmuró en voz muy ba-

ja;—la gente esa aún es más cobarde de lo que yo creía; con semejantes hombres, la Francia será siempre del que quiera tomarla.—Y con cierta amargura, como hablando consigo mismo, prosiguió:—Decididamente la monarquía se ha hecho demasiado honrada para estos tiempos. Pasó su época.

—Eugenio había anunciado la crisis á su padre—dijo Felicidad.—El triunfo del príncipe Luis le parece seguro.

—¡Oh! Sí. Podéis marchar atrevidamente—contestó el viejo, comenzando á bajar los escalones.—Dentro de dos ó tres días el país estará bien agarrotado. Hasta mañana, pequeña.

Felicidad cerró. Arístides estaba como deslumbrado en el fondo de aquel obscuro agujero. Sin esperar á que el marqués hubiese llegado á la calle, bajó de cuatro en cuatro los escalones y se lanzó fuera como un loco, echando á correr á la imprenta de *El Independiente*. Una ola de pesamientos azotaba su cabeza, y acusaba á su familia de haberle engañado. ¡Cómo! ¿Eugenio tenía al corriente de todo á sus padres, y su madre no le enseñó á él las cartas, cuyas inspiraciones hubiera seguido á ojos cerrados? ¡A buena hora sabía que su hermano mayor consideraba asegurado el éxito del golpe de Estado! ¡Bien se confirmaban aquellos presentimientos, que desechó por hacer caso al imbécil del subprefecto! Pero contra quien más exasperado estaba era contra su padre: habíale creído bastante estúpido para ser legitimista, y en el oportuno momento resultaba partidario de Bonaparte.—¡Me han dejado cometer muchas necedades!—murmuraba mientras corría. ¡Bonito papel el mío! ¡Ah! ¡qué lección! ¡Granoux es más listo que yo!

Entró en las oficinas de *El Independiente* con ruido de tempestad, y pidió su artículo con voz

entrecortada. Ya estaba ajustado; hizo levantar la forma y no se calmó hasta que por su propia mano la hubo deshecho, revolviendo las letras como si fueran fichas de dominó. El librero que dirigía el periódico le miraba estupefacto; en el fondo se alegraba, porque el artículo le parecía muy peligroso, pero le hacía falta indispensablemente otro original para que pudiera salir el periódico.

—¿Va usted á darme otra cosa?—le preguntó.

—Seguramente—le respondió Arístides.

Sentóse á la mesa, y comenzó un caluroso pánegírico del golpe de Estado. Desde las primeras líneas juraba que el príncipe Luis acababa de salvar la República; pero no había escrito una cuartilla, cuando se detuvo, y pareció que buscaba la continuación. Su faz de garduña mostraba gran inquietud.

—Me voy á casa—dijo por fin.—Mandaré esto en seguida. Todo será que salgamos un poco más tarde...

Al retirarse, ya no corría; marchaba lentamente sumido en profunda meditación. De nuevo estaba indeciso. ¿Por qué comprometerse tan pronto? Eugenio era hombre inteligente, pero acaso su madre exageraba los alcances de una sencilla frase de su carta. En todo caso, lo mejor era callarse y esperar.

Una hora después, Angela llegó á casa del librero, fingiendo gran emoción.

—Mi marido acaba de herirse cruelmente—dijo.—Al entrar se ha cogido cuatro dedos en la puerta, y en medio de los dolores que padece me ha dictado esta pequeña nota para que la pongan en el número de mañana.

En efecto, al otro día *El Independiente*, casi todo compuesto de noticias, apareció con estas pocas líneas en la cabeza de su primera columna:

«Un desgraciado accidente ocurrido á nuestro eminente colaborador M. Arístides Rougon, nos privará de sus notables trabajos por algunos días. En las graves circunstancias presentes, le será muy cruel el silencio, pero ninguno de nuestros lectores dudará de los votos que sus sentimientos patrióticos hacen por la felicidad de la Francia.»

Aquellas frases ambiguas eran fruto de maduro examen; la última podía explicarse en favor de todos los partidos. De este modo, Arístides se procuraba después de la victoria una soberbia entrada con un panegírico de los vencedores.

Al otro día se paseó por toda la ciudad con el brazo derecho en cabestrillo. Su madre, muy asustada con la nota del periódico, acudió á verle, pero él rehusó enseñarle la mano, y le habló con una amargura que hizo caer en la cuenta á la vieja.—Eso no será nada—le dijo al marcharse tranquilizada y ligeramente burlona.—No necesitas más que reposo.

Gracias á la supuesta herida y á la desaparición del subprefecto, el periódico de Arístides no fué molestado como la mayor parte de los órganos democráticos de los departamentos.

El día 4 pasó en Plassans en una calma relativa. Por la tarde hubo una manifestación popular, que se disolvió con sólo la presencia de la gendarmería. Un grupo de obreros fué al ayuntamiento á exigir que le dieran cuenta de los despachos de París; el alcalde se negó á ello con altanería, y el grupo se retiró gritando «¡Viva la República! ¡Viva la Constitución!» Luego, todo volvió á quedar en calma. El salón amarillo, después de comentar aquel inocente paseo, declaró que las cosas marchaban perfectamente. Pero los días 5 y 6 fueron más fecundos en emociones; súpose sucesivamente que se habían sublevado las pequeñas ciudades vecinas; toda la parte Sur del departa-

mento estaba sobre las armas; la Palud y Saint-Martin-de-Vaulx fueron los primeros en levantarse, arrastrando tras sí á Chavanos, Nazeres, Poulols, Valqueyras y Vernoux. En vista de esto, el pánico se apoderó del salón amarillo; lo que sobre todo le inquietaba era el aislamiento de Plassans en el seno mismo de la rebelión; bandas de insurrectos andaban por las inmediaciones, y debían interrumpir todo medio de comunicación. Granoux repetía, con aire asustado, que el alcalde carecía de noticias. Decían algunos que en Marsella corría la sangre, y que una revolución espantosa asolaba á París. El comandante Sicardot, furioso al ver la pusilanimidad de los burgueses de Plassans, hablaba de morir á la cabeza de su fuerza. El domingo, 7, llegó al colmo el terror. Desde las seis de la tarde, el salón amarillo, especie de comité reaccionario, que estaba en sesión permanente, se llenó de gentes asustadas y temblorosas, que hablaban entre sí en voz baja como en el cuarto de un muerto. Se había sabido que una fuerte columna de insurrectos, tres mil hombres, se había reunido en Alboise, aldea distante tres leguas lo menos, y suponían que debía dirigirse á la capital, dejando á Plassans á la izquierda; pero como el plan de campaña podía ser variado, bastábales á todos aquellos propietarios poltrones saber que estaban á algunos kilómetros los insurgentes, para imaginarse que las rudas manos de los obreros les apretaban ya los pescuezos. Por la mañana habían presenciado un ensayo de la revuelta: algunos republicanos de Plassans, viendo que no podían intentar nada serio en la ciudad, resolvieron ir á reunirse con sus hermanos de la Palud y de Saint-Martin-de-Vaulx, y el primer grupo salió á las once por la puerta de Roma, cantando *La Marsellesa* y rompiendo algunos cristales. Una de las ventanas de

la casa de Granoux quedó hecha pedazos; éste contaba el hecho, balbuceando de espanto. El salón, entretanto, se agitaba con viva ansiedad: el comandante había mandado á su criado á enterarse de la marcha exacta de los insurrectos, y era esperado haciendo las suposiciones más asombrosas. La reunión estaba completa: Roudier y Granoux, hundidos en sus butacas, cambiaban tristes miradas, y detrás de ellos yacía el espantado grupo de comerciantes retirados; Vuillet, con más presencia de ánimo, reflexionaba en la mejor manera de poner su tienda y su persona á salvo de todo peligro; dudaba entre esconderse en la buhardilla ó en la bodega, aunque se inclinaba á ésta última; Pedro y el comandante, paseando arriba y abajo, cruzaban alguna que otra palabra; el viejo comerciante de aceite se arrimaba á su amigo Sicardot para cobrar un poco de valor; éste, que esperaba hacía tanto tiempo la crisis, procuraba poner buena cara, por más que le ahogaba la emoción; el marqués estaba en un rincón, más sonriente y decididor que nunca, hablando con Felicidad, que parecía muy alegre.

Llamaron á la puerta, y aquellos señores se estremecieron como si hubieran oído un tiro de fusil. Mientras Felicidad fué á abrir, reinó sepulcral silencio en la sala: los rostros, pálidos y ansiosos, se volvieron hacia la puerta. Apareció en el dintel el criado del comandante todo sofocado, y dijo bruscamente á su amo:—¡ Señor, los sublevados estarán aquí antes de una hora!—Todo el mundo se levantó gritando; los brazos se alzaron al techo; durante algunos minutos fué imposible entenderse. La noticia cayó como un rayo. Rodeaban al mensajero, y le abrumaban á preguntas.

—¡ Por vida de Dios vivo!—gritó por fin el

comandante.—¡ No alborotar así! ¡ Calma, ó no respondo de nada!

Todos cayeron sobre su asiento, lanzando grandes suspiros, y entonces se supieron detalles. El mensajero había hallado á la columna en Tulettes, y se había apresurado á volver.

—Lo menos son tres mil—dijo;—marchan como soldados, por batallones. He creído ver prisioneros entre ellos.

—¡ Prisioneros!—exclamaron espantados los burgueses.

—Sin duda...—interrumpió el marqués con su voz aflautada.—Me han asegurado que prenden á todas las personas conocidas por sus opiniones conservadoras.

Esta noticia acabó de consternar al salón amarillo. Algunos se levantaron y ganaron furtivamente la puerta, pensando que no tenían mucho tiempo para encontrar un escondite seguro. El anuncio de estas prisiones hechas por los republicanos pareció impresionar á Felicidad; llamó aparte al marqués, y le preguntó:

—¿ Qué hace esa gente con los que prende?

—Llevarlos con ellos—repuso M. de Carnavant.—Sin duda los conservan en rehenes.

—¡ Ah!—exclamó la vieja con extraño acento; y volvió á observar la curiosa escena de pánico de los del salón.

Poco á poco fueron desapareciendo todos, hasta no quedar más que Vuillet y Roudier, á quienes la proximidad del peligro prestaba alguna energía. Granoux permaneció en un rincón: las piernas se negaban á sostenerle.

—¡ Más vale así!—exclamó Sicardot, al ver cómo desertaban todos;—esos cobardes hubieran acabado por exasperarme. Hace dos años que hablan de fusilar á los republicanos del contorno, y hoy no serían capaces de dispararles ni un co-

hete de á cinco céntimos en la nariz.—Cogió el sombrero, y se dirigió hacia la puerta.—Vamos—continuó—el tiempo apremia... Venga usted, Rougon...

Felicidad parecía esperar aquel momento. Se interpuso entre la puerta y su marido, que por su parte no se daba gran prisa por seguir al terrible Sicardot, y, fingiendo súbita desesperación, gritó:

—¡No quiero que salgas!... ¡No consentiré que me abandones!... ¡Esos canallas te matarían!...

El comandante se detuvo asombrado.

—¡Caramba!—gruñó.—¿Ahora se ponen á lloquear las mujeres?... Vamos, Rougon.

—¡No, cien veces no!—repitió Felicidad, fingiendo un terror cada vez más creciente.—¡No irá; no le dejaré salir, como no me lleve con él!

El marqués, sin comprender el móvil de aquella escena, miraba con curiosidad á la vieja. ¿Era la misma que hacía poco hablaba tan alegremente? ¿Qué comedia representaba? Pedro, desde que su mujer se oponía á que saliera, manifestaba gran empeño por seguir á Sicardot.

—¡Te digo que no saldrás!—repitió Felicidad aferrada á su brazo; y volviéndose hacia el comandante, prosiguió:—¿A quién se le ocurre resistir? Son tres mil, y usted no reunirá cien hombres resueltos. Van ustedes á hacerse degollar inútilmente.

—¡Es nuestro deber!—dijo Sicardot impaciente. Felicidad prorrumpió en sollozos.

—Si no me lo matan, me lo cogerán prisionero—prosiguió mirando fijamente á su marido.—¡Dios mío! ¿Qué será de mí entonces, sola en una ciudad abandonada?

—Pero ¿acaso no nos prenderán si dejamos que entren tranquilamente en Plassans?—exclamó el comandante?—Dentro de una hora el alcalde y

todos los empleados, Rougon y cuantos frecuentan su casa, estarán en poder de los insurrectos.

El marqués creyó ver pasar una vaga sonrisa por los labios de Felicidad mientras respondía con acento espantado:

—¿Lo cree usted?

—¡Pardiez!—contestó Sicardot.—Los republicanos no son tan necios que dejen enemigos á retaguardia. Mañana no quedará en la ciudad ni un funcionario público ni un buen ciudadano.

Al oír estas palabras, hábilmente provocadas, soltó Felicidad el brazo de Rougon; éste no hizo ningún movimiento para salir. Gracias á su mujer, cuya astuta táctica no comprendió entonces, y cuya secreta complicidad no alcanzaba, vió claro todo un plan de campaña.

—Conviene que deliberemos antes de tomar una resolución—dijo al comandante.—Tal vez tenga razón mi mujer al acusarnos de olvidar los verdaderos intereses de nuestras familias.

—¡No! En verdad, no va descaminada la señora—dijo Granoux, que había oído los gritos de espanto de Felicidad con la alegría de un coarde.

El comandante se caló de golpe el sombrero, y dijo con voz clara:

—Con razón ó sin ella, poco me importa, soy comandante de la guardia nacional, y ya debía estar en la alcaldía. Confesad que tenéis miedo y me dejáis solo. Ahora, buenas noches.

Ya tenía cogido el comandante el picaporte, cuando Rougon, volviéndose con viveza, le dijo:—¡Escuchad, Sicardot!—y lo llevó á un rincón, viendo que Vuillet alargaba sus anchas orejas... Allí, en voz baja, le explicó que era un buen ardid de guerra dejar detrás de los insurrectos algunas personas enérgicas que se encargaran de restablecer el orden en la ciudad. Y viendo que

el comandante se empeñaba en no abandonar su puesto, ofrecióse á ponerse á la cabeza de un cuerpo de reserva.—Deme usted—le dijo—la llave de la cochera donde tenemos las armas y las municiones, y mande á cincuenta de sus hombres que no se muevan hasta que yo los llame.—Sicardot acabó por conformarse con estas prudentes medidas, y le dió la llave, comprendiendo la inutilidad de la resistencia, pero resuelto á pagar al menos con su persona.

Mientras hablaban, el marqués murmuró algunas palabras al oído de Felicidad con gesto malicioso: sin duda le daba la enhorabuena por su golpe teatral. La vieja no pudo reprimir una ligera sonrisa, y cuando Sicardot estrechaba la mano de Rougon y se disponía á salir, le dijo, tomando de nuevo su aire desolado:—¿Decididamente nos deja usted?

—¡Un veterano de Napoleón no se deja intimidar por la canalla!—replicó el comandante.

Ya estaba Sicardot en el primer descanso de la escalera, cuando Granoux se precipitó á la puerta, y le dijo:

—Si va usted á la alcaldía, entere al alcalde de lo que pasa. Yo voy á tranquilizar á mi mujer.

Felicidad, á su vez, se inclinó al oído del marqués, y murmuró con acento discreto y picarresco:

—A fe mía, prefiero que ese diablo de comandante vaya á hacerse prender. Tiene demasiado celo.

Entretanto Rougon había llevado á Granoux al salón. Roudier, que desde su rincón observaba en silencio los incidentes de aquella escena, apoyando con señales de aprobación toda medida de prudencia, fué á reunirlos. Cuando el marqués y Vuillet se hubieron levantado también, Pedro dijo:

—Ahora que ha quedado sola la gente pacífica, propongo que nos ocultemos para evitar un arresto y poder estar libres cuando seamos los más fuertes.

Poco faltó para que Granoux le diese un abrazo. Roudier y Vuillet respiraron con más desahogo.

—Muy pronto, señores, habré menester de ustedes—prosiguió el comerciante de aceite dándole importancia.—A nosotros queda encomendado el honor de restablecer el orden en Plassans.

—¡Contad con nosotros!—exclamó Vuillet, con un entusiasmo que inquietó á Felicidad.

El tiempo apremiaba. Los singulares patriotas de Plassans, que se escondían para defender mejor la ciudad, se apresuraron á correr en busca de un escondrijo.

Cuando Pedro quedó á solas con su mujer, recomendó que no cometiese el disparate de encerrarse á piedra y lodo, y que si le preguntaban, contestase que su marido estaba de viaje; y viendo que ella se hacía la tonta, fingiendo gran miedo, y preguntándole qué iba á ser de ellos, díjole bruscamente:

—Eso no te importa. Déjame manejar solo mis negocios, y así irán mejor.

Momentos después huía á lo largo de la calle de la Banne. Al llegar al paseo de Sauvaire vió salir del barrio viejo un grupo de obreros cantando *La Marsellesa*, y exclamó:—¡Ya era tiempo! ¡He aquí la ciudad que se subleva!

Apresuró su marcha hacia la puerta de Roma. Acometiéronle allí sudores fríos por la lentitud que el guarda empleó en abrir la puerta. Desde que dió los primeros pasos por la carretera, distinguió, á la luz de la luna y al otro extremo del arrabal la columna de insurrectos, cuyos fusiles lanzaban rápidos destellos. Corriendo, ganó el ca-

llejón de Saint-Mittre, y llegó á casa de su madre, en la que no había entrado hacía muchos años.

IV

Antonio Macquart volvió á Plassans después de la caída de Napoleón; había tenido la increíble suerte de no concurrir á ninguna de las últimas y sangrientas campañas del imperio, y pasado de uno á otro depósito sin que nada le sacase de su vida monótona de soldado. Aquella vida acabó por desarrollar sus vicios naturales: su pereza se hizo razonada; la embriaguez, que le valió sinnúmero de castigos, se convirtió para él en verdadera religión; pero lo que sobre todo le trocó en el peor de los holgazanes fué el desprecio que se desarrolló en su ánimo hacia todos los pobres diablos que ganan por la mañana el pan de la noche.—«En mi tierra tengo dinero—solía decir á sus camaradas;—cuando cumpla, podré vivir como un burgués.»—Esta creencia y su crasa ignorancia le impidieron llegar siquiera á cabo.

Desde su partida, ni un solo día de licencia obtuvo para pasarlo en Plassans; su hermano inventaba mil pretextos para tenerle alejado; así es que ignoraba completamente la astuta manera que tuvo Pedro de apoderarse de la fortuna de su madre. Esta, en la profunda indiferencia que vivía, no le había escrito más que tres veces, para decirle sencillamente que estaba buena. El silencio con que fueron acogidas sus peticiones de dinero no le extrañó: la tacañería de Pedro era bastante á explicar la dificultad con que arrancaba de vez en cuando una miserable pieza de veinte francos. Esto, por otra parte, sirvió para acrecentar el odio que profesaba á su hermano, quien le dejaba pudrirse en el servicio, no obs-

tante sus promesas de ponerle un sustituto. Propomíase, luego que tornara á su casa, dejar de obedecer como un chiquillo, y pedir rotundamente su parte de herencia, para vivir á su gusto.

Cuando volvía en la diligencia, soñaba con la famosa vida que iba á llevar. El derrumbamiento de tanto castillo de naipes fué terrible. Al llegar al arrabal y encontrarse con que no reconocía la antigua propiedad de los Fouque, se quedó estupefacto; tuvo que preguntar dónde vivía su madre; se lo dijeron, y hubo allí una escena espantosa. Adelaida le contó tranquilamente la venta de sus bienes, y él se arrebató hasta el punto de levantarle la mano. La pobre mujer repetía:—Tu hermano lo ha cogido todo; él cuidará de ti; es lo convenido.

Por fin salió y corrió á casa de Pedro, á quien había anunciado su llegada y que se había preparado á recibirle de modo que rompiese para siempre con él á la primera grosería.

—Oiga usted—le dijo el comerciante de aceite, dejando de tutearle;—no me revuelva usted la bilis ó lo pongo en la puerta. Después de todo, no le conozco; ni siquiera llevamos el mismo nombre. Bastante desgracia es para mí que mi madre se haya conducido mal, sin que sus bastardos vengan aquí á injuriarme. Estaba bien dispuesto hacia usted, pero ya que es tan insolente, no haré nada, absolutamente nada.

Poco faltó para que Antonio reventara de cólera.

—¿Y mi dinero, ladronazo?—le gritó.—¿Me lo devolverás, ó quieres que te lleve á los tribunales?

—No tengo dinero de usted—le respondió cada vez con más calma.—Mi madre ha dispuesto de su fortuna como ha querido, y no seré yo quien

vaya á meter la mano en sus asuntos. He renunciado voluntariamente á toda esperanza de herencia, y estoy al abrigo de sus sucias acusaciones.

Y viendo que su hermano no cesaba de alborotar exasperado por su sangre fría y no sabiendo ya qué creer, le puso ante los ojos el recibo que Adelaida había firmado. La lectura de aquel documento acabó de enloquecer á Antonio.

—¡Bueno!—exclamó tranquilizándose de súbito.—Ya sé lo que me toca hacer.

En verdad, no sabía qué partido tomar. Su impotencia para encontrar un medio inmediato de coger su parte activaba aún más su furiosa fiebre de venganza. Volvió á casa de su madre, y la sometió á un interrogatorio vergonzoso. La infeliz sólo podía volver á enviarle á casa de Pedro.

—¿Es que usted cree—exclamó con insolencia—que va á hacerme ir y venir como un zarandillo? Sabré cuál de los dos tiene escondido el gato. ¿Acaso te lo has comido ya?—Y haciendo alusión á sus antiguos devaneos, le preguntó si tenía algún canalla que le comía el último dinero. Ni siquiera respetó la memoria de su padre, aquel borrachón de Macquart—decía,—que la había desplumado hasta su muerte para dejar á sus hijos en medio del arroyo.

La infeliz le escuchaba estupefacta; por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas; se defendía con terror de niño, respondiendo á las preguntas de su hijo como á las de un juez, jurando que vivía honradamente y repitiendo sin cesar que no tenía ni un céntimo, que Pedro se lo había llevado todo. Antonio casi acabó por creerla.—¡Ah, pillo!—murmuró.—¡Por eso no me ponía un sustituto!

Tuvo que acostarse en casa de su madre sobre

un jergón tirado en un rincón. Había vuelto con los bolsillos absolutamente vacíos, y, lo que más le desesperaba, era verse sin ningún recurso, ni casa ni hogar, abandonado como un perro vagabundo, mientras su hermano hacía buenos negocios y comía y bebía tranquilamente.

No pudiendo comprar ropa, salió al día siguiente con el pantalón y el kepis de uniforme. En el fondo de un viejísimo armario tuvo la suerte de encontrar una raída chaqueta de terciopelo amarillento, llena de remiendos, que había pertenecido á Macquart, y con semejante traje recorrió la ciudad, contando su historia y pidiendo justicia. Las personas á quienes fué á consultar lo recibieron con tal desprecio, que vertió lágrimas amargas de rabia. En provincias es implacable la gente con las familias caídas. Según la pública opinión, los Rougon-Macquart se devoraban entre sí; el público, en vez de separarlos, los hubiese más bien excitado á morderse. Por otra parte, Pedro comenzaba á lavarse de su pecado original; su truhanería hizo reír: hubo muchos que llegaron á decir que había hecho bien si era verdad que se había apoderado del dinero, y que eso serviría de lección á las personas de la ciudad que vivían en el desenfreno.

Antonio volvió muy desanimado. Un abogado le aconsejó, con gesto de disgusto, que lavase la ropa sucia en casa, después de haberse enterado hábilmente de si poseía la suma necesaria para sostener un proceso; á su juicio, el negocio estaba muy embrollado, el litigio sería interminable, y el éxito muy dudoso; además, se necesitaba dinero, mucho dinero.

Aquella noche Antonio fué aún más duro con su madre; reanudó sus acusaciones y tuvo á la infeliz hasta media noche toda temblorosa de vergüenza y espanto. Habiéndole dicho Adelaida